

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

OCTUBRE N.º 41 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION BARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V 1879

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos a propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

## SUMARIO.

El embajador, por F. F. V.—A una flor marchita, poesía, por Josefa Bueno, viuda de Altea.—La pendiente del abismo, por Enriqueta Lozano de Vilchez. El templo cristiano, por X.—Venganza cristiana, por X.—Sección doctrinal, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

## EL EMBAJADOR.

### I.

En el año de 1478 una corta, pero escogida cuadrilla de ginetes cristianos, se dirigía hacia Granada, cruzando rápidamente su extensa y deliciosa vega. Los moros que por casualidad vieron cruzar a los extranjeros, y aun los que de propósito estaban puestos a observar en las atalayas de las puntas de las montañas, creyeron que aquella entrada de cristianos sería para proponer alguna justa, algún desafío u otra empresa bélica y caballeresca de las que la vega era teatro con mucha frecuencia. Por esta causa contemplaban a los ginetes con curiosidad, mas bien que con admiración, y muy especialmente al que parecía caudillo de aquella tropa, delante de la cual caminaba con armadura tersa y bri-

llante cual si fuese de bruñida plata, y un capote con vistoso penacho de plumas de colores. Los ginetes entre tanto, se dirigían directamente a la ciudad, y entonces fácil fue conocer que asunto mas serio que un desafío traía a los enemigos por aquella parte. En efecto, llegados a la puerta de *Elvira*, se adelantó DON JUAN DE VERA, caudillo de los extranjeros, y se hizo anunciar como un embajador de los reyes don Fernando y doña Isabel. Introducido bajo este carácter en Granada, atravesó rápidamente sus estrechas y tortuosas calles, la anchurosa plaza de *Vivarrambla*, tan célebre por las justas y juegos de cañas que en ella se verificaban, y subiendo a la colina de *la Alhambra*, en breve estuvo delante de este alcazar de los reyes moros. En él habían desplegado toda su oriental magnificencia en reinados pacíficos sobre un pueblo tan industrioso como guerrero: épocas que habían sabido aprovechar para dejar al mundo un monumento embellecido con maravillosas creaciones artísticas. ¡Cual sería el efecto mágico de este admirable monumento, entonces que se hallaba en todo su esplendor, cuando en nuestros días a pesar de la incuria, de los terremotos, y y aun de manos destructoras y envidiosas, todavía conserva esta joya del tiempo pasado, lo suficiente para cautivar nuestra admiración a vista de sus primores!



Como el aspecto exterior de la Alhambra mas era de fortaleza que de palacio, el caballero cristiano, al mirar aquellas torres y fuertes muros, estaba muy distante de imaginar el sorprendente cuadro que pronto se habia de desarrollar ante sus ojos. Sabedor el rey de Granada de que un embajador venia á hablarle en nombre de los poderosos reyes de la España cristiana, quiso recibirle con toda la pompa, con toda la deslumbradora magnificencia que su corte sabia y podia ostentar. Hizo, pues, que le introdujesen por determinados sitios de aquel vasto alcazar, y don Juan atravesando calles de rosales y de mirtos, aposentos frescos y perfumados, salió al patio de la *Alberca* siguiendo la márgen del estanque llegó en breve á la torre de *Comares* y entró en su principal sala llamada de *embajadores*. Notable era esta sala entre todas las de la Alhambra por su alta cúpula de madera de cedro, incrustada de esmaltes de vivos colores, por sus paredes adornadas con labores vistosas, de aquellas que por su caprichoso giro y por ser formadas de un estuco usado por los árabes, han obtenido el nombre de *arabescos*. Muley sentado en su trono y rodeado de los principales magnates de su corte, acompañando bien con sus trajes riquísimos la decoracion de la sala, recibió cortesmente al embajador español, cuya gallarda estatura y ademan severo, no dejó tambien de llamar la atencion de los moros. D. Juan no era sujeto capaz de intimidarse en presencia de los guerreros musulmanes, ni de revelar inoportuna admiracion á vista de tantas grandezas. Lleno por el contrario de aquella confianza que inspira el conocimiento del propio valor y el celo por la causa de su patria, se adelantó con desembarazo y gallardía hacia Muley, y con tono mas propio tal vez del que dá órdenes, que de el que expone un respetuoso mensaje, pronunció estas palabras:

—Rey de Granada: los poderosos monarcas don Fernando y doña Isabel, reyes de Castilla, de Leon y de Aragon, me envian á reclamar el tributo que se debe á su corona. Saber quieren al mismo tiempo, que causa ha podido obligaros á faltar á un pacto que vuestros antepasados tan firmemente estipularon, y tan religiosamente cumplieron.

Este mensaje no podia llegar á peor ocasion. Granada, capital entonces de toda la parte de Andalucía que habia quedado por los moros, centro de la grandeza y los placeres, situada en un terreno fértil y ameno, aun no daba indicios de la decadencia que precedió á su ruina, cuando empezaron á agitarla las funestas disensiones de sus tribus. Los opulentos magnates allí refu-

giados al ser conquistadas otras ciudades, se hallaban poco dispuestos á satisfacer un tributo que odiaban. Además, estas mismas poblaciones recién conquistadas, mantenian secreta inteligencia con los reyes de Granada, bajo cuya proteccion se ponian así que lograban sustraerse al dominio de los cristianos. Un rompimiento era ya inevitable, y los moros tenian para este caso bien fortificadas y pertrechadas las ciudades y villas de la frontera; teniendo además gente armada en los desfiladeros de las montañas. Con tales preparativos, y dispuestos los moros á romper con los reyes de Castilla, siempre hubiera dado Muley áspera y negativa respuesta al embajador, si ya el arrogante ademan de éste no la hubiera provocado. Toda la indignacion del monarca se dejó traslucir en esta contestacion, que acompañó de intento con insultante y altanera sonrisa.

—Ese tributo de que hablais fué un oprobio indigno de mi raza. Decid á vuestros soberanos, que los reyes que acostumbraban pagarle, ya han muerto. Hoy reino yo en Granada, y en mi casa de moneda no se fabrican para Castilla mas que hojas de cimitarra y hierros de lanza.

11.

La notable repuesta del rey moro, que podia pasar por un desafio, hizo comprender á don Juan de Vera, que toda esperanza de convenio estaba perdida y que forzoso le era volver á sus reyes con tan desabrida contestacion. Mas ni era tan urgente el desempeño de este mensaje, ni las relaciones entonces entre los dos pueblos rivales eran tan escasas, que le impidiesen examinar las mágicas bellezas de la Alhambra. Si no tuviera gran interés en indagar el estado de sus opulentos enemigos, le tendria en realizar uno de los mas ardientes deseos de su juventud. Repetidas veces allá en su tierra habia él oido hablar de la grandeza de la Alhambra morisca; pero lo que entonces tenia ante sus ojos excedía á las ilusiones de su imaginacion.

(Continuará.)

F. F. V.



## À UNA FLOR MARCHITA.

### LA ENVIDIA.

*¡Pobre flor! ¿Por qué tus hojas  
ayer lozanas y bellas  
hoy no están frescas ni rojas,  
y pálida te deshojas  
entre dolientes querellas?*

*¿Qué dolor tu alma lacera  
que en el risueño existir,  
y en tu feliz primavera,  
siendo en galas la primera  
así te he visto morir?*

*Cuéntame tu desventura,  
dime tu acerbo dolor;  
de tu historia la amargura  
para sufrir mi tristura,  
quizá ya me dará valor.*

*Que yó, flor triste, adivino,  
viéndote triste morir  
al comenzar tu camino,  
que en tu risueño destino  
hay un oculto sufrir.*

*Ayer, buscando á mi vida  
algun momento de calma,  
te encontré pura y erguida,  
de leve brisa mecida  
como la gallarda palma.*

*Qué feliz serás, ¡oh flor!  
dije, tu tallo mirando  
sin envidia ni rencor,  
tu no sufres el dolor,  
que mi vida está acabando.*

*Mas hoy que hasta ti venia,  
tu dicha ansiando admirar,  
que á tu placer sonreía  
y mas gentil te veía,  
mil aromas exhalar;*

*Dime, flor ¿porque has perdido  
tus galas y tus colores  
y tu perfume querido?  
¿porque tan breves han sido  
de tu existir los albores?*

*¿Es que amor brindó á tu vida  
su cdliz envenenado,  
siendo incurable tu herida,  
y la esperanza perdida  
al fin la muerte te ha dado?*

*Cuéntame, flor, tus pesares,  
yo los míos te diré;  
y mirarás á millares  
revueltos y horribles mares  
que nunca en calma veré.*

*—¡Ay! dijo entonces la flor  
con débil y amargo acento  
y con marcado temor;  
la pureza del amor  
yo no sentí ni un momento.*

*Oye, porque mis marchitas  
hojas los vientos se llevan  
burlándose de mis cuitas,  
y lágrimas infinitas  
mi pobre existencia anegan.*

*De una noche vaporosa  
á la brisa matinal,  
nací ufana y orgullosa  
creyéndome mas hermosa  
que la rosa virginal.*



*Miraba yo con desden  
de otras flores la belleza,  
y llegué á pensar tambien  
que en aquel hermoso eden  
yo era sola en gentileza.*

*Y ansiando ver mis colores,  
doblé mi tallo altanera  
de un arroyo á los rumores,  
y soñando en mil amores  
miré mi faz placentera.*

*Entonces, ya contemplando  
mi tan altiva beldad,  
temblé triste y suspirando  
y allí adixiné llorando  
mi culpable vanidad.*

*Tuve envidia de la rosa,  
vi la azucena mas pura;  
hallé á la dalia preciosa,  
y á la magnolia orgullosa  
aborrecí en mi amargura.*

*Y la envidia, esa gangrena  
que á tantos mala inclemente,  
de toda virtud agena,  
de horrible ponzoña llena  
marcó su huella en mi frente.*

*Calló la flor; yo que ansiaba  
saber el fin de su historia,  
con horror la contemplaba:  
que mi mente adivinaba  
su muerta y perdida gloria.*

*Yo, pobre flor sin esencia  
que amo el arte con pasion,  
doblo mi frente á la ciencia  
y dejo que en mi impotencia  
sufra solo el corazon.*

*Mas nunca brillar ansio  
ni al arroyo miro yo;  
pobre el pensamiento mio,  
no acaricio el desvario  
que á la pobre flor mató.*

Josefa Bueno, viuda de Altea.

## LA PENDIENTE DEL ABISMO

(Continuacion.)

El coronel por su parte, esperaba á Enrique con impaciencia nerviosa, y daba grandes paseos por la estancia, sin poder dominar su agitacion.

Los momentos que trascurrieron para los dos esposos son indescriptibles.

Al fin Enrique apareció en la puerta de la estancia, diciendo con voz serena que contrastaba notablemente con aquella violenta situacion.

—¿Me ha llamado V. padre mio?

—Sí, le esperaba á V. caballero, exclamó Esteban yendo á cerrar la puerta que acaba de atravesar su hijo.

Este quedó inmóvil en su puesto.

El acento de su padre le hizo presentir la violenta tempestad que se agitaba sobre su cabeza.

Miró á su madre, y al ver su abatimiento, todo lo adivinó y lo temió todo.

Las consecuencias de su culpa, que habia olvidado por un instante, aparecieron á su vista entonces, y tembló, no por él, pero sí por aquella pobre madre que tenia delante, y la que en cierto modo se habia hecho solidaria de su conducta.

Recurrió á todo su valor, para atraer sobre sí solo la cólera de su padre, y esperó las primeras frases que este debía dirigirle.

El coronel despues de asegurarse que nadie los podia oir, miró á Enrique con una espresion terrible y murmuró conteniéndose á duras penas.

—Creo á V. un hombre de honor, y no le considero bastante cobarde para responder con una mentira ó una evasiva, á las preguntas que voy á hacerle.

—Estoy dispuesto á contestar con entera verdad, respondió Enrique solamente.



—Su madre de V. ha guardado silencio, y yo no puedo manchar mis manos poniéndolas en una muger.

—¡Cómo! á mi madre! murmuró Enrique sintiendo que sus mejillas se enrojecían.

—No es á ella, pues, es á V. á quien me dirijo.

—Ya he dicho que estoy dispuesto á contestar.

—Del cajon de ese secreter se ha estraiado una cantidad que representaba muchos años de la economía de un hombre honrado, de un hombre que no ha escaseado su sangre ni su vida para cumplir con sus deberes, para llenar dignamente la mision que su cargo le imponia, y ganar lealmente el sueldo que recibia. Parte de ese dinero, como acabo de decir, falta de escajon, y yo necesito saber cual ha sido la inversion que se le ha dado sin orden mia.

—¡Esteban! murmuró Marta desecha en lágrimas.

—¡Silencio! no es á tí á quien pregunto ahora, dijo el coronel con severidad.

—Con ese dinero, murmuró Enrique con voz conmovida, con ese dinero se ha cubierto el déficit de una caja confiada á mi buena fé, padre mio!

—¡Un déficit! luego tú...!

—Yo hé cometido una grave falta, una falta que quisiera espiar á costa de mi existencia. pero que no debo negar, puesto que V. á recurrido á mi lealtad.

—¡Oh! es que yo necesito saber.... yo necesito averiguar como... por que....

—Enloquecido, por un instante de vértigo... hé jugado y hé perdido esa cantidad, padre mio, dijo el jóven sin vacilar.

—El juego... ha sido por el juego! ¡oh! V. se ha deshonrado, caballero! gritó el coronel loco de furor.

—Deshonrado no! murmuró Marta, porque nadie sabe....

—¡Lo sé yo! lo sabe él, lo sabe su conciencia! ¡Oh! conoce V. el nombre que tiene todo aquel que malversa unos fondos confiados á su cuidado? sabe V. el castigo que debe imponerse al que abusa de la confianza que pusieron en él? se debe apellidar...

—¡Padre!

—Se le debe apellidar, estafador, y debe colocarse una cadena á su pié, confundiéndole con lo mas miserable de la sociedad.

—¡Oh! señor...

—Se deben arrancar de su pecho las insignias que solo puede ostentar un hombre probo, y esas cruces, y esas cintas, bajo las cuales no palpita un corazon tranquilo y honrado.

Al decir esto, Esteban asió á su hijo violenta-

mente con una mano, mientras que con la otra arrancaba de su uniforme los galones, las estrellas y las cintas que demostraban su grado en el ejército, ó las pruebas de valor dadas sobre el campo de batalla.

Enrique era hombre, era caballero, era militar, y por un momento sintió que la vergüenza y la cólera encendian su rostro, ante aquel terrible ultraje.

Al sentir la mano de su padre pesando sobre su hombro y oprimiéndole con fuerza, hizo un movimiento instintivo para defenderse, ó para contrarrestar la agresion, gritando con ahogada voz.

—Ese insulto... padre...

Esteban cruzó los brazos sobre el pecho, miró á su hijo con fiereza y le preguntó con acento terrible.

—¿Qué quiere V. caballero?

—¡Oh! señor! contestó el jóven comprendiendo la verdad de su posicion: ¡oh! señor, V. es el dueño de mi vida. V. es el árbitro de mi destino: puede V. humillarme y dirigirme cualquier insulto sin que yo tenga derecho á pronunciar una palabra ni á quejarme siquiera, pero la vida de un hombre sin honra debe ser terrible, ¡yo no podria soportarla, y sabré lo que debo hacer.

Al terminar estas palabras Enrique se dirigió á la puerta, la abrió rápidamente y salió del despacho sin que su padre pensara en detenerle.

Marta que adivinó algo de violento y doloroso en las palabras del jóven, dejó su asiento y quiso correr en pos de él, pero Esteban cogiéndola por el brazo.

—¿A dónde vas? dijo, que es lo que intentas hacer?

—Oh! ten piedad de él, ten piedad de mí!

—Es un miserable, es un infame! gritó el coronel.

—¡Es tu hijo! exclamó Marta deshecha en llanto.

—No; desde hoy no es nada para mí!

—Y para mí es la vida, la esperanza! el amor....

¡Oh! dejame que vaya en su busca, déja que impida....

—¡Ya he dicho que nó!

—¡Esteban!

—Ya he dicho que no, y cumplirás mis órdenes, porque á tí tambien debo imponerte algun castigo.

—Sí, si: tienes razon, se apresuró á decir la pobre madre cada vez mas desesperada, tienes razon, yo soy culpable, y puedes hacer de mí lo que quieras; yo fui quien tomé el dinero, yo quien abrió el secreter, yo, yo sola quien vino aquí, él no pensó... él no hubiera querido... ¡oh! perdónale á él, Esteban, perdónale á él!



## LA MADRE DE FAMILIA.

Y Marta en la esplosion de su duelo cayó de nuevo á los piés de su esposo que repetía sin cesar.

—¡No, no!

—¡Oh! exclamó ella torciéndose las manos, bien decia Juan Manuel, que serías mas inexorable con tu propio hijo que lo hubieras sido con él.

—¡Juan Manuel!

—Sí, el queria que guardara secreto, por que sabia bien que no habia en tu corazon indulgencia ninguna para tu hijo.

—¿Y queria que callaras?

—Por librar de tu cólera á Enrique.

—¡Oh! noble corazon! y yo osé dudar...

—Sí; dudaste de él, por eso vine yo á decirte que era inocente!

—Hé aqui las consecuencias del vicio! hé aqui las consecuencias del delito, hacer del inocente una víctima, hacer injusticia de la rectitud.... ¡Ay! jamás podrá espiar su culpa, jamás podrá...

Esteban salió de la estancia para correr en busca de su asistente, sin escuchar los ruegos de Marta que seguia intercediendo por su hijo.

La pobre muger ante semejante enojo no pudo resistir por mas tiempo y cayó desmayada sobre el suelo, presa de una congoja terrible.

Cuando volvió en sí, encontró muy cerca de su semblante otro semblante dulce, bello y puro, bañado en lágrimas.

Era Luisa, que al salir Esteban habia acudido en socorro de su bienhechora.

—Hija, hija mia, murmuró Marta, tu no sabes...

—Todo lo he oído! respondió la niña con pesar.

—¿Y él?

—¡Ay de mí! aun no ha vuelto, por mas que en mi duelo he rogado á Dios que tome mi vida en cambio del perdon de su padre.

Continuará,

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## EL TEMPLO CRISTIANO.

Es la casa de Dios, es el libro que encierra mas grandes epopeyas, el recinto donde han resonado las elegias mas tristes y los idilios mas tiernos.

Para cada paso del hombre sobre la tierra tiene un canto, una bendicion, una esperanza ó un consuelo. No llegó á comprender como hay criatura que no eleve su pensamiento á la eternidad ante la inmensa silueta de

su pardo campanario, y el corazon al cielo bajo la sombría bóveda de su nave.

¡Cuántas cosas deben saber aquellas piedras lamidas por el incesante besar de los siglos, y perfumadas por el incienso de la religion! ¡Cuántas lágrimas guardan en su seno las húmedas losas que forman los peldaños de sus altares! Cuántas sonrisas las paredes que circuyen la fuente bautismal!

Sin embargo, hombres hay para los cuales un templo permanece mudo, y no sienten ante él sensacion diferente de la que les produce una fábrica de hilados ó un fuerte militar. ¡Pobres hombres! ¿Sabeis por qué les sucede esto? Es que tiene fria el alma y entumecido el corazon. Seguramente no llegaron á conocer á sus padres y hermanos, no tienen nadie á quien llorar. Es que no pudieron ó no supieron amar, no han tenido una compañera a quien llevar ante los altares de Dios. Es que no han tenido hijos á quienes acompañar á la santa piscina. No conocen las desgracias de la vida y los sinsabores del mundo por que son incapaces de sentirlos; el mundo le satisface, pues que solo conservan despierta la materia; el espíritu duerme, y cuando el espíritu duerme, ni se siente ni se llora, ni se ama, ni se espera.

¡Ah! el que ha experimentado todos los sentimientos de que es capaz el corazon del hombre y las concepciones sublimes del alma, el que ha sentido quemar sus párpados por el llanto y han probado sus labios ese amargor especial de las lágrimas, ese halla en el templo su casa solariega.

Venid: va á caer la tarde. Nos hallamos en esa hora misteriosa en que la tierra parece que deja de ser mundo; en esa hora en que la poetica lucha de la luz y la sombra atrae toda la atencion de la naturaleza, que extática contempla el último rayo de sol que pinta de ópalo las crestas de los montes; en esa hora en que los hombres callan, por que hay un poder superior y oculto que les obliga a contemplar el lejano horizonte, pálida imagen de lo infinito, ó á alzar sus pupilas á los cielos, punto final de sus trabajos. Dejemos, sin embargo, al universo entero cantar con las aves, las brisas, las olas y las fuentes la gloria de Dios, que rige el carro del sol y siembra de mundos de oro el manto de la noche, y venid conmigo.

Penetremos en ese templo oscuro y solitario, alumbrado solamente por dos cirios que arden al pié de la Virgen de los Dolores.

En esa misma capilla, arrodillada frente su verja ¡no divisais una mujer vestida de negro, cuyo ademan nos indica que reza, y cuyos suspiros nos dicen que llora? Es una jóven que ha perdido á su esposo: es una viuda, ¿Por qué no va á pedir al mundo que la consuele? ¿Por qué no vá á pedirle la misteriosa yerba que cura los dolores y hace olvidar el sufrimiento? ¿Por qué? Por que el mundo le dirá: «Necesitas ruido, vén: yo tengo fiestas donde podrás aturdir los ayes de tu alma, donde podrás sofocar los suspiros de tu corazon y secar el llanto que te escalda las mejillas. ¿Consuelo quieres? Yo te lo daré: tengo mil escondidos resortes que te abrirán paso á mansiones de placer, de cantos, de amor y de alegria; lázate al torbellino que te ofrezco, donde andan revolcándose tantos desgraciados que tambien van en busca de lo que tú buscas, y curaras.»

¿Y despues? Despues ese consuelo no viene, porque el mundo siempre miente. Despues llega una hora de reposo, de quietud y de aislamiento, y entonces, despues del placer la soledad es mucho mas sola, la tristeza mucho mas triste; y el que ha pedido al mundo bálsamo



para su herida, se encuentra mas desesperado todavia, porque tambien se halla solo sin que haya dirigido una oracion á la Madre de las misericordias. El placer del mundo es como uno de esos torbellinos de verano, de los cuales esperamos el fresco y que pasa sobre nuestra cabeza meciéndonos los cabellos, sí, pero abrasándonos la frente.

Aquella jóven esposa espera hallar, mas que en la bacanal del mundo, en la oscuridad y reposo del templo, el consuelo de su alma. Allí todo le promete ese consuelo, y esas sí que son promesas que se cumplen.

Ante la Virgen que viste luto, el dolor eleva su pupila hasta dejar blancos sus ojos, comprimen sus manos el corazon, cuya amargura le llega á los labios: mas la luz de la oracion alumbra su frente, y cree que no tiene derecho á llorar cuando al dirigir su mirada á la Virgen, parece que ésta le diga: *Yo tambien lloro.*

En el templo nadie le ha ofrecido el olvido; ni una sola voz ha resonado bajo sus arcadas para prometerle un consuelo, y sin embargo, sale consolada. ¿Por qué?

¡Oh! Porque allí la sombra del Espíritu Santo se extiende para refrescar y amortiguar el dolor; por que allí el amor de María exhala su perfume celestial, y á ese amor todos los amores del mundo deben rendirse; por que allí hay una cruz de donde pende la imagen del Redentor de la humanidad, que dice á todas las criaturas: «Yo soy Hijo de Dios y Rey del cielo, y sufrí por vosotros que venís á llorar bajo mis pies» por que allí hay una lámpara que alumbra el Arca Santa donde se vela la imaculada Sangre del Cordero, que perdona al que pide perdón y consuela al que pide consuelo; por que allí todo es santo, grande, dulce, sublime y consolador. Dios está allí, y Él es la fuente del consuelo; María está allí, y bajo su manto azul se amparan las desgracias, cuando con sus brazos abiertos llama á los desgraciados, diciéndoles: *Venid, hijos míos.* Por que allí está el misterioso anillo que une dos existencias: la existencia nómada de ese grano de polvo lanzado á los espacios y que llamamos mundo, y la eterna que nos aguarda mas allá del sepulcro, tras esa inmensidad azul que llamamos cielo.

X.

## VENGANZA CRISTIANA.

El que posee la humanidad cristiana no se afana por que sea testigo el mundo del bien que hace, y aun, por decirlo así, se lo oculta á sí mismo, bastándole que lo sepa Dios. La persona que ha sido capaz de la acción que vamos á referir se ha guardado muy bien, por consiguiente, de jactarse de ella; pero por fortuna la indiscreción de un hombre que casi se había comprometido á guardarla en silencio, nos permite comunicar al público un hecho tan honroso para la Religión.

La señora Condesa de ..., de camino para su palacio situado en Provenza, se detuvo algunos dias en Lyon. Dedicada constantemente á aliviar las miserias humanas, su primer cuidado fué ir á visitar el hospital. Mientras visitaba una de las salas, llamó particularmente su atención un anciano que mezclaba de cuando en cuando á los gritos que le arrancaba el dolor, horribles imprecaciones, y la Condesa supo por uno de los que la acompañaban que la causa de la gran desesperación de aquel hombre era sobre todo la espantosa mi-

seria á que su enfermedad debia reducir á su familia. Habiendo cesado en aquel momento la crisis del enfermo, la Condesa, con ánimo de darle algun socorro, se acercó á su cabecera, y le preguntó su nombre.

—Juan Michelin, respondió el anciano.

La Condesa se puso pálida al oír este nombre.

—¿De que tierra sois? prosiguió con visible agitación.

—De Santa-Perina, en Provenza, dijo el enfermo.

Al oír este nombre, la Condesa, como herida del rayo, cae desmayada en los brazos de la persona que la acompañaba, y cuando volvió en sí ya se halla en la estancia de una de las religiosas, donde la habian llevado. En vano le preguntaron cómo el nombre de aquel enfermo habia producido en ella tan violenta impresion, pues á nada quiso responder; y habiendo mandado llamar á uno de los capellanes, le recomendó con mucho empeño que se ocupase de un modo especial en la salvación de aquel hombre. Dió una suma para que se le asistiese en un cuarto separado de los demás, pidió las señas de su familia, y salió, dejando á todos entregados á la mas viva curiosidad, viéndola de aquella suerte manifestar tanto horror y tanta compasión por aquel hombre.

La familia del enfermo era numerosa y se hallaba reducida al último grado de miseria. No solo se ocupó la Condesa de ... en atender sus necesidades presentes, sino que tambien cuidó de asegurarle para lo sucesivo recursos que no podian menos de ser una grave carga para ella, pues no era muy rica. Tres nietecillos de Juan Michelin, huérfanos desvalidos, entraron de aprendices en un buen taller, merced á la benéfica señora, y no salieron de casa de su maestro sino cuando ya estuvieron en estado de ganarse el sustento.

¿Quién era aquel desdichado cuyo nonbre habia producido tan terrible efecto en la Condesa de ... y que sin embargo habia provocado tan particularmente su generosidad?

En el momento en que el cadalso de 1793 estaba alzado en toda la superficie de la Francia contra todos los grandes nombres ó las grandes virtudes, la familia del Marqués de ... habia logrado sustraerse á todas las pesquisas de los emisarios de Robespierre, y habia hallado un asilo seguro en la casa de uno de sus antiguos colonos: Antonio Michelin, de Santa Perina; pero habiendo muerto este honrado labrador, su hijo Juan, seducido por la esperanza de llegar á ser propietario del rico depósito que el Marqués de ... habia confiado á su padre, fué inmediatamente á delatar á sus huéspedes, y cuando se sustanció su causa, él fué el principal testigo acusador. El padre, la madre y los dos hijos subieron al patíbulo. De toda aquella familia sólo fué perdonado un solo miembro, una señorita de diez y seis años, contra la cual el feroz Juan Michelin provocó cinco meses despues una nueva acusación, que por fortuna no ocasionó mas que una prision de pocos meses para la noble huérfana.

Juan Michelin, cargado con los ricos despojos del Marqués de ..., se vió precisado á sustraerse al furor y á la execración de los que sabian todo lo que la familia de aquel malvado debia á sus víctimas. Pasó á Lyon y se dedicó al comercio; pero el cielo no debia permitir que semejante hombre pudiese prosperar. Dos años despues, ya no le quedaba nada del tesoro de sus bien hechores, y al fin se vió reducido á ejercer el oficio de mozo de cordel.

La Condesa de ... es la hija del Marqués de ..., Así le ha enseñado la Religión á vengarse del verdugo de su familia y de su propio perseguidor.

X.



## SECCION DOCTRINAL.

## LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

El baron le explicó la causa de su salida, pero el pobre anciano era ciego, y no pudo notar la sonrisa acerada como la punta de un puñal, que apareció en los labios de Margarita; no pudo ver tampoco la expresion maliciosa é infame de su fisonomia, ni la estreñeza ni la ansiedad que se pintó en el rostro del jóven.

Yo no sé cómo fué, no sé como ella pudo llevarlo á cabo, por que las infamias son ajenas á mi, por que yo no he sabido como se hacen nunca! pero ello es que Margarita supo despertar una sospecha horrible en el alma de Federico; ello es, que el jóven tuvo noticia de sus salidas matutinas; ello es que se convenció de que su padre las ignoraba, y que le hicieron pensar que lo que se oculta á un padre, debe ser culpable y reprobado.

Federico que amaba con locura, sintió que los celos penetraban en su corazon, por que la pasion es celosa siempre; es exagerada.

Los celos, hijos míos, son malos consejeros: enloquecen la razon, y estravian el entendimiento.

Esto pasó con aquel hombre.

Resuelto á saber la verdad, se decidió á una accion innoble y baja: se decidió á espiar á Valentina.

Primero, y aquel mismo dia, supo disimular, supo fingir.

Empezó por convencerse de que el baron nada sabia de aquellas salidas que su hija hacia todas las mañanas, y en las cuales, segun le habia dicho Margarita, invertia dos ó tres horas.

Esto le fué muy fácil.

Preguntó á la jóven si tenia costumbre de abandonar su casa algun dia temprano, y ella negó, pero negó vacilante, con el rostro encendido y llena de turbacion: como niega todo aquel que no está avezado á la mentira.

Margarita dirigió á Federico una mirada harto significativa. Sus palabras se confirmaban.

El jóven se contuvo aún, la agitacion de Valentina era una prueba harto evidente de su culpa; pero Federico no podia creer en ella aun.

Nesecitaba verlo por sí mismo.

Además, Margarita con una perfidia espantosa, le habia suplicado que no la vendiese, le habia ponderado el interés que le inspiraba, y la indignacion que le causaba la conducta de Valentina, y Federico que habia empeñado su palabra de callar, era caballero y debia cumplirla á toda costa.

Aquellas salidas de todos los dias, las habia explicado Margarita, suponiendo una inteligencia culpable entre la jóven y el médico que habia asistido á su padre, qué mucho que Federico las diera crédito, si aquel mismo dia pudo enterarse de que el doctor iba á menudo y de un modo misterioso á la misma casa donde le habian dicho que su prometida acudia todos los dias sola y en secreto?

¡Oh! las apariencias eran harto funestas para la pobre é inocente niña.

Al dia siguiente y muy de mañana, Federico cruzaba las calles de la ciudad, recatándose el rostro entre los pliegues de su capa, y se dirigia al punto designado por Margarita.

Allí se ocultó en el hueco de una puerta, y esperó lleno de ansiedad.

No tardó en aparecer por la esquina de la calle una jóven vestida de negro y cubierto el rostro con un espeso velo; adelantó con paso rápido y ligero, y sin sospechar la vigilancia de que era objeto, penetró resueltamente en la misma casa que Federico miraba con afán.

Aquella mujer era Valentina.

El jóven sintió que la sangre afluía de su corazon á su cabeza; tembló de un modo horrible, y toda la hiel del enojo y el despecho se desbordó en su alma, tornándola en un lago de olas tan negras como amargas.

En el primer instante pensó penetrar en la casa y sorprender á la culpable que así vendia sus juramentos y su fe.

Pero luego se detuvo.

Valentina no era su esposa aun, y no tenia el derecho de matarla.

Qué iba á hacer en aquella casa? con qué título se iba á presentar allí?

Poco duró su irresolucion, por que una mujer anciana, y con el rostro inundado de lagrimas, apareció en la entrada de la casa y salió á la calle perdiéndose á poco en la distancia.

Aquel incidente distrajo la atencion de Federico que todo lo habia observado.

La casa era pequeña: constaba de un piso solamente y no era fácil que estuviera habitada por mas de una familia. ¿Quién era pues aquella mujer? ¿para qué salia y por qué marchaba llorando? ¿Por qué, tambien, dejaba sola quizá á Valentina?

Todos estos pensamientos enloquecian á Federico y le retenian en aquel puesto, donde pasó media hora larga como un siglo, y amarga como las turbulentas aguas del mar.

Pero estaba decretado que la calumniadora obtuviese una victoria completa; estaba decretado que ia infeliz Valentina perdiese por ella el honor, la felicidad, todo! ¡Oh! la obra de Margarita debia tener un brillante éxito, por que satanás la ayudaba en ella,

El jóven vió venir por el extremo de la calle á la misma mujer que habia visto salir: pero no venia sola. Un hombre la acompañaba, y aquel hombre era el doctor.

—Que casualidad! murmuró sin poderse contener la señora Petra.

—Qué casualidad! repitieron algunos de los que oian con mas interés.

—Sí, continuó la Marquesa: ya he dicho que el génio del mal está con los infames calumniadores y les ayuda en sus propósitos, y ya veis como es así. Aquella mañana la pobre niña, hija del doctor, se habia visto acometida de un accidente espantoso. Su nodriza que no sabia que partido adoptar, aguardó la llegada de Valentina para poder salir sin dejarla sola y correr á avisar á su padre para que viniese á toda prisa.

(Continuará)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Granada: Imprenta de La Madre de Familia.